

Textos de ficción al estilo de Don Ricardo Palma. Tres minitradiciones

Por Manuel Velásquez Rojas

Doctor en Literatura por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
Poeta. Profesor en diversas universidades, fue Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle. Entre sus publicaciones figuran: *La voz del tiempo*, *Kratios*, *Turno de vida*, *Ojos de Venado*, *Poemas a la madre*, *Chaplin*, entre otros.

Los siguientes textos de ficción rinden homenaje al estilo de Ricardo Palma, así como a su figura, repasando hechos de su biografía así como de otros personajes importantes en la vida peruana.

Una carta de médicos

Encontré a don Ricardo Palma sentado en una cómoda mecedora en el patio jardín de su casa. En la ciudad de Lima, el sol, en el mes de mayo, es como un tímido adolescente sin recreo. Pese a ello, es un día luminoso; y doy mi saludo respetuoso al gran tradicionista. Él me mira, y rápido dice:

—Piuranito, has crecido.

—Sí, don Ricardo, ya soy universitario. Estudio en San Marcos.

Me olvidaba comunicar que el tiempo retrocede, cuando recordamos. Y por ocisión unánime estamos en 1948.

—Cuéntame, muchacho, ¿qué estudias?

—Vea, don Ricardo, son dos años de estudios generales, al terminarlos uno pasa a la facultad que ha escogido. Yo estoy en primer año, y mis clases las recibo en las aulas del patio de letras, de la hermosa casona frente al parque universitario. El rector es el doctor Luis Alberto Sánchez.

—Bien, piuranito, se ve que estás muy contento de ser universitario. ¿Ya tienes amigos?

—Sí, son mis primeros amigos de San Marcos. Se llaman Víctor Le Carrillo y Guillermo Lobatón. Yo los escogí. Son los mejores.

—Te felicito, Manuel

—Gracias, don Ricardo. De aquí a dos horas tengo clases con el doctor Carlos Morales Macedo.

—Yo tengo buena memoria, y ese nombre me cascabelea. Ya. Claro, clarísimo como el agua de un arroyo. Yo le escribí a mi hijo Ricardo Palma Román, el 23 de noviembre de 1909, lo siguiente: “Ayer se confirió el bachillerato médico a otro compañero del Instituto Morales Macedo. Su tesis versa sobre craneoscopia y se resolvió su publicación en la *Revista Universitaria*. Dicen que desarrolló puntos no tocados por Tello” (2006, T.III, Vol. 3:107). Y ahora, cuéntame su quehacer.

—Bueno, don Ricardo. Carlos Morales Macedo se graduó de médico cirujano en la Facultad de Medicina de San Fernando. Se especializó en Nueva York, de vuelta al país se ha incorporado a la docencia de la Facultad de Ciencias y a la Facultad de Medicina. Ha sido gestor y Director del Museo de Historia Natural de San Marcos, desde 1938 al año 1947. Por su libro *Biología Fundamental* (1936,1946) ha recibido el premio nacional de Ciencias. Bueno, ahora sí, don Ricardo, hasta el próximo sábado. Adiós, y días felices.

La carta extraviada

La primavera en Lima llega a pasos lentos. El cielo gris y la melancólica garúa son los atributos esenciales de la ciudad, y tardan en desaparecer, a pesar de la llegada de la primavera en el calendario. El tiempo retrocede cuando recordamos y, ahora, estamos en 1950. En esa época yo alquilaba un cuarto de cartón en una casona antigua situada frente al Palacio Legislativo, y, por cierto, era asiduo lector de la Biblioteca del Congreso. La primera vez me inscribí como lector, y una noble señora, quien era la bibliotecaria, me preguntó: “¿Qué desea leer?”. Le contesté: “Todos los artículos literarios que se publicaron en las revistas *Variedades* y *Mundial*. La señora se sonrió y luego me indicó el estante donde se encontraban dichas colecciones. Y con maternal ternura, me aconsejó: “la próxima vez, dejás tu carnet en la mesa y solo vienes y recoges lo que desees leer”. Años más tarde conocí el nombre de la bibliotecaria y su importancia en la vida literaria peruana de la década de los años 20. Sí, su nombre era Ángela Ramos.

El sábado es día de visitas. Y enrumbé a Miraflores. Aquí está la casa de don Ricardo Palma. Me recibe su hija doña Angélica, que ya me conoce. Nos saludamos y luego me anuncia: “Papá, ha llegado Manuel”. Don Ricardo le contesta: “Hazlo pasar”.

Conversamos sobre diversos temas, y en un vacío don Ricardo me sugiere:

—Piuranito, cuéntame de tu familia.

—Don Ricardo, yo de niño era un huérfano de padres vivos.

—Frase ingeniosa, pero dolorosa.

—Sí, don Ricardo, es el aroma de muchos niños peruanos.

En mi caso tuve suerte y fui criado por mi abuela materna.

—Y esa generosa señora, ¿cómo se llamaba?

—Eva Guerrero de Velázquez. Mejor le cuento una situación inolvidable. Yo tenía 10 años, había terminado la educación primaria y por mis méritos gané la medalla de oro de mi promoción. Llego a mi casa, después de la ceremonia, y le entrego la medalla de oro a mi abuela Eva. Ella me mira, me abraza como solo las madres saben hacerlo, y me musita al oído: “gracias”. Y respondí: “me hubiera gustado que mi amigo Aquiles compartiera este primer premio”. Pasado el momento de la profunda emoción, Eva me indicó que me sentara a su lado, y, con su voz armoniosa, me explicó: “Hijo, nadie escoge a sus padres, pero cada ser humano es creador de su conciencia y de su propia vida. Y puedes escoger a tu esposa y amigos. Elige a los mejores. Veo que eres inteligente, solidario y generoso. Sigue así, hijo mío”.

Don Ricardo se quedó pensativo, y luego de mirarme como un abuelo mira a su nieto, se expresó así: “bellas y sabias palabras las de doña Eva... Y ahora que recuerdo... conceptos similares escribí en una carta dirigida al señor Ignacio Ruiz de Esparza, que vivía en la calzada de Guadalupe, en la Plaza México”.

Don Ricardo buceó en el segundo cajón de su escritorio, y sacó su archivo epistolar. Encontró la carta pertinente, ubicó mejor sus quevedos, y leyó:

—“Yo creo que tratándose de sus antepasados, solo debe aspirar un hombre a descender de padres honrados. La mejor, quizá, la única aristocracia, es la que empieza con uno mismo. Hoy no se pregunta a nadie quienes fueron y que hicieron sus antepasados, sino quien eres tú y qué contingente traes para el bien de tu patria y de los tuyos”.

—Don Ricardo, sus palabras deberían ser escuchadas y valoradas, ahora y siempre.

—Pero, curiosamente, Manuel, nunca recibí contestación de esta carta.

—Con su venia, yo sé la razón.

—Tú, ¿cómo?

—Antes, una aclaración.

—¿Cuál es?

—Usted, don Ricardo, se cartea con Federico Helguero, de Piura; Celso Víctor Torres, de Trujillo, los tres tradicionalistas de sus respectivas ciudades.

—Sí, con los tres tuve y mantuve una correspondencia amical par. Pero, explícame más.

—Bien. Acabo de leer en la Biblioteca del Congreso la revista *Varietades* del 9 de julio de 1927, en la que aparece un artículo titulado “Lima tradición sobre el tradicionalista don Ricardo Palma” y el autor es José Eulogio Garrido. Allí se cuenta que Daniel Hoyle leyó su mencionada carta al grupo de poetas y escritores que fueron llamados los Bohemios de Trujillo. Es obvio, y disculpe que lo diga, que usted se equivocó, y colocó la carta dirigida a Ignacio Ruiz de Esparza en el sobre que tenía como destinatario a Daniel Hoyle.

Nos reímos a carcajadas de las ocurrencias del azar. Y como dos humoristas felices, nos despedimos hasta el siguiente sábado, día del pueblo.

Un poema

Gonzalo Bulnes, periodista e investigador literario, ama a su ciudad con solo verla, escucharla y palparla con los ojos y el corazón. Lima ciudad, como la mujer, solo se entrega a quien ama. Querer una ciudad es sentirla, cada día, como si fuera la primera vez, arrobado por su paisaje natural que es el mar. Olas que van y vienen como la vida misma. ¿Acaso su primer vecindario no fue pescado? Vale decir que arrancaba su vida al mar. Ahora este inmenso mar, vuélvase voz tímida para despertar a los barranquinos en la aurora, juguetón y travieso al mediodía para recibir a los bañistas, y melancólico y triste en el crepúsculo que lo hunde en las sombras. Este mar guarda la mirada de tantos poetas, como preciado tesoro de su intimidad, y por ello su superficie es más bella y tierna.

Ahora, por tu ciudad, Barranco, y por tu noble amistad, ahora solo en el recuerdo, Gonzalo Bulnes, te dedico mi poema titulado “Estampa de Barranco”, y la sustancia de su historia se encuentra en la tradición “El sombrero del padre Abregú” (1835) de don Ricardo Palma.

Estampa de Barranco

El padre Abregú
iba de San Pedro,
(sobre mula flaca)
con sus pensamientos,
sábado en la tarde.
Y mirando atento
con ojos de santo
el azul del cielo
a Barranco llega:
una aldea sin tiempo.
Al ver los molinos

suspira su pecho;
y el mar saludaba
con rumor de versos.

El anciano sol
moría en reino
con rojos celajes
y sombras de acero.

Y los pescadores
con peces y remos
al hogar volvían.

Viendo los luceros
el padre Abregú
alzando los dedos
bendice Barranco.